

Las manos de Ana

Hace años, no muchos años, había una ciudad en el Noroeste de España que quería festejar a su Virgen más aún que como lo hacía en cada Setiembre, era una celebración especial, la Virgen se apareciera un día en el hueco de una encina humilde y ahora tocaba evocar la ocasión en que la coronaran de oro, Patrona de un país que llaman el Bierzo.

La ciudad brillaba de luces y de obispos, los jerarcas con sus emblemas, los cronistas agotaban los superlativos en sus despachos urgentes. Y los poetas. Conozco un poeta que acudió con sus versos y en premio recibió una flor, una flor fresca con el rocío de la mañana, pero yo sé muy bien que lo que menos pudo olvidar el bardo fueron las manos de la Reina.

La Reina de los juegos florales, después del certamen, abrió su casa a los invitados, y allí estaba ella con las damas de su corte en un marco que al poeta que he dicho sonábale a romanticismo de Gil y Carrasco, y aún más a escena de Bradomín contada por don Ramón María en una Sonata. Ponferrada, ya es hora de nombrarla, guarda casas de piedra noble, tradición de viejas familias. En casa de la Reina había un piano que en nada parecía muerto o de adorno. Y al lado estaba el caballete de la pintora jovencísima, los pinceles apenas abandonados y esperando, bocetos por aquí y por allá junto a flores o paisajes que decían mucho y prometían más.

Miré las manos de la Reina, las manos de Ana. Eran finas y blancas, pero no me dejé arrastrar por la poesía y aparté la tentación del modernismo que las haría pálidas, místicas, ardientes, quizá liliales. En las manos de Ana María Sarmiento Torre -finas y blancas- vi la fuerza creadora, la seguridad de su futuro.

Con tales manos -y con los ojos y con el alma- se han hecho en largas horas de desvelo y lucha espléndidas obras, y de ellas es la antológica que estamos viendo años después de aquellos fastos, no muchos años después...

Antonio Pereira
El Bierzo, 1998